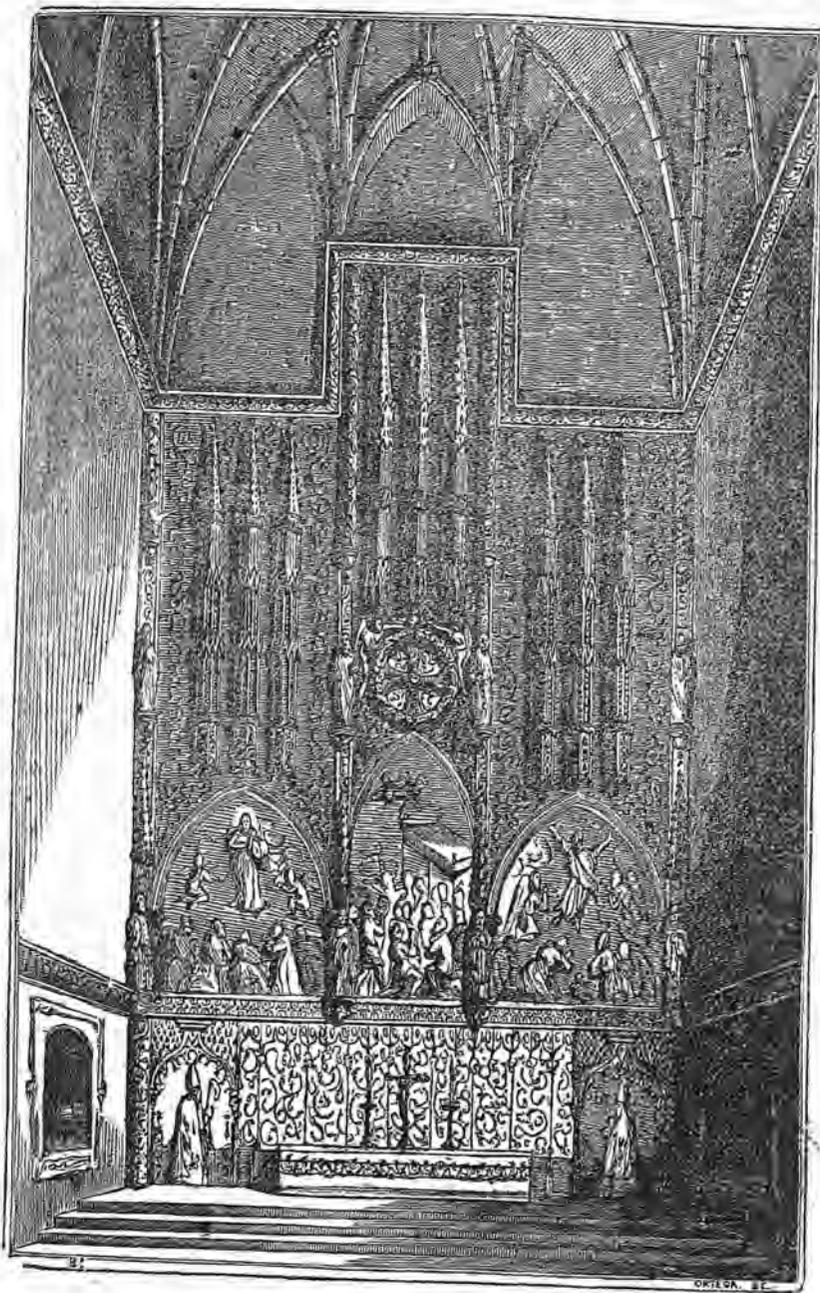


## ESPAÑA PINTORESCA.



(Retablo mayor de la catedral de Zaragoza).

### LA SEU DE ZARAGOZA.

**ADVERTENCIA.** La estension de los artículos que contiene el número de hoy, no permite dar cabida en él á la descripción de la Seu de Zaragoza, de cuyo retablo mayor

es el grabado que vá al frente, dibujado por nuestro amigo el Sr. Ribelles, capitán del E. M. del ejército. — En el próximo número irá dicho artículo descriptivo, y otro grabado que representa el interior de aquel célebre templo.

## COSTUMERES PROVINCIALES.

## UN AJUSTE DE BODA.

(Conclusión. Véase el número anterior).

## II.



ERAN las ocho de la noche cuando caminábamos á tientas por las desempedradas calles del lugar mi amigo el Né, su seductora con-sorte la tía *Polcarpa*, su amable hijo *Perico el Romo*, y el humilde zureador de artículos que tiene el honor de firmar el presente. Caminábamos á tientas, porque la *causa Diva* no se había dignado presentarse en el cielo, y ya cayendo en un barranco, ya tropezando en una piedra, logramos llegar no sin harto trabajo á la puerta de una casucha sostenida en tres puntales de pino. Hallábase aquella entreabierta, y distinguíase á cierta distancia la pálida luz de un farol colocado sobre el brocal de un pozo: entramos, pues, de rondon en el corralcjo que servía de patio, y guiados por el joven galán, que mostraba tener un conocimiento práctico de todos los rincones de la vetusta morada, nos internamos en un pasillo tan retorcido como oscuro, donde escuchamos inopinadamente el ladrido de un mastín que nos mandaba hacer alto. — ¿Quién vá allá? pronunciaron á la vez dos ó tres personas desde el fondo de una habitacion inmediata. — *Somos nosotros*, contestó el hijo de mi amigo dando un garrotazo en el suelo, y llamando al perro por su nombre. — Pues adelante, y arrempujar la puerta, porque es de tecla, y no quiere abrirse sino por fuera. — Acercóse el *Romo* á ejecutar lo que se le mandaba, y la escena varió repentinamente para nosotros, encontrándonos de pronto en el interior de una cocina, y en presencia de una hoguera donde ardian á la vez tres enormes charras y hasta media docena de troncos de roble, que despedían un humo denso y una claridad deslumbradora.

¡O! válgame Dios, y qué pluma bastará á describir el cuadro variado y grotesco que ofrecía aquel aposento embudido de personas de todas edades y sexos, de todos trages y condiciones, de todos aspectos y cataduras. Baste decir que los actores que figuraban en primer término eran el Sr. *Macareno*, recobero de profesion, y dueño de la casa en que estábamos; su hija *Maricuela*, prometida esposa del *Romo*; el tío *Faco* el alguacil; *Bolívar* el cortador; la *Sra. Benita* la estanquera y expendedora de sal; el Sr. *Vidrieras*, preceptor de los pábulos, y el respetable *D. Serapio*, el único entre todos los presentes que gastase levita. El resto, ó si se quiere la comparsa, era compuesta de personas de la plebe, que por hallarse emparentados con los novios, habían recibido *ante diem* el recado de convite para el ajuste de la boda.

Apenas entramos cuando los treinta y cuatro individuos que llevamos referidos se pusieron en movimiento para dejaros lugar, y despues de varias oscilaciones en que pensamos ahogarnos, el novio fue á colocarse junto á su futura; el Né se puso á orcajadas sobre un banquillo buscando la postura mas á propósito para apoyar descansadamente la barriga; su esposa *Polcarpa* quedó en pie junto á la puerta para ayudar á los preparativos del convite, y yo tomé posicion como mejor pude entre el *sacristan Vidrieras* y un mastio gruñidor, que despues de examinarme atentamente de arriba abajo, concluyó por dormirse, y alagar mis orejas con el son de un apacible ronquido.

Pendiente de la chimenea habia una enorme caldera de las que sirven para cocer y dar legía á las madejas, y que en esta ocasion se hallaba destinada á una funcion mas im-

portante. Véanse salir de su rentro negros y densos nubarrones de humo que esparcian un fragante olor á aceite quemado, y mas allá un candil vacilante, y mas acá una sarta de liebres desolladas que destilaban aun por las heridas algunas gotas de rogiza sangre. No pasó mucho tiempo sin que estas víctimas fuesen descuartizadas, y el bárbaro ejecutor, sin imitar siquiera á *Pílatos* en el acto del lavatorio, arrojó los palpitantes miembros en la caldera, revolviéndolos y estrujándolos con una astilla larga de las destinadas al fuego. Este verdugo desalmado era el dueño de la casa... era el Señor *Macareno*.

Como yo me encontraba aislado, por decirlo así, en medio de aquella muchedumbre, sin poder entrar en relaciones parlamentarias con el mastin que roncaba, ni con el sacristan que no oía; hubé de contentarme con escuchar alternativamente ya á este, ya á aquel de los circunstantes, almacenando en mi memoria los siguientes diálogos que tengo el honor de transmitir á mis lectores, mientras se guisa la cena.

*Polcarpa*. — ¿Has echado sal á esas liebres, consuegro? — *Macareno*. — Sí, á razon de puñado por cabeza con sus ojos correspondientes. — *El Romo*. — Toma este cacho de torta que hizo mi madre en la cochura de ayer. — *Maricuela*. — Dios te lo pague, y recibe este pellizco para que me quieras. — *La Sra. Benita*. — Es que los cigarras que envían ahora de Madril tienen un fumar muy malo, y esceto los que yo aparto para el señor cura y para el escribano, todo los demas, como dice aquel, no valen seis cominos. — *Bolívar*. — Vamos, que cierta presona que yo sé, tambien los lleva güenos. — *El Alguacil*. — Y Dios la libre á V. de que yo la eche la vara encima, porque todos semos ciudadanos. ¿No dice el libro de la Costutucion, *igualdá ante la ley*? pues yo digo tambien, *igualdá ante el tabaco*. — *La Sra. Benita*. — ¿Y á qué me sale V. con retóricas de constutuciones? Los libros dicen una cosa, y cada cual hace otra, y abur del alma. — *Un hombre del Pueblo*. — ¡tuso, tuso, suéltalo...! qué se está comiendo ese maldito? — *Una mujer tirándole del brazo*. — Calla, no alborotes al Señor *Macareno*, y tengamos camorra: es un conejo que le ha quitao de la alforja de la recoba. — *Maricuela*. — Estate quieto; esas fiestas no las premito. — *El Romo*. — Calla touta; pues si semos novios, y nos vamos á esposar en cuanto nos casen. — *El Né*. — Como la cosecha vá á ser tan rematáa ogaño, que han de ladrar las gentes de hambre, güelvo á icirte que no doy á mi *Perico* mas que las tres anegas de pan; y si necesita mas, brazos tiene á Dios gracias para ganallo; que si luego dempues me espillieran el molino, como dice *D. Serapio*... — *Macareno*. — Pues yo á mi clien, como sabes... el majuelo y la metá de la casa, y güena rogeja que la dejó la defunta; mas en tocante á grano, que se lo busquen como hacen las hormigas; que porque un hombre tenga ahí, vamos á un decir, ocho fanegas de centeno y tres ó cuatro de cebáa para comer al año, no ha de dárselo á sus hijos, y quedarse al piste como icía el otro. — *Polcarpa*. — Muchacha, traite el arroz para ccharlo á cocer, que ya está la carne sollamáa. — *Un chico* restregándose la mano. — ¡Qué rico vá á estar, que rico vá á estar! — *Una vieja* dando cabezadas. — Ahora y en la hora de nuestra muerte, amen Jesus. — *D. Serapio* dando un bastouazo en el suelo. — Señores, alto el fuego, y ajustemos á dos por tres esta boda, y cenemos y bebamos, y dempues cada mochuelo á su olivo. Los novios están hechos un requeson, y es de menester despenillos antes de que se erriñan. — Vamos á ver, Sr. *Macareno*, escómienze V. y manos á la obra. — *Macareno*. — Que hable antes mi consuegro. — *El Né*. — Que diga la novia, que es la que tiene que hacer la juncion. — *Polcarpa*. — VV. han de predonar á el arco sale pegao, porque la caldera está tan repasáa de la legía... — *Una mujer*. — ¡Qué devoto está el diablo!

miste la vejarrona de la tía *Perucha* que enjamás va al rosario, y ahora se nos pone aquí á ensartar *patres nostras* y oraciones. — *Vidrieras*, levantándose con indignación, y dándole al paso un codazo. — Si Señora, si he tocado á las oraciones ¿está V.? yo nunca me olvido de mi obligación ¿está V.? y si V. no ha oído las campanas porque está sorda, ó porque gasta palique con algun mozo de la labor, no murmure de mí, que me parece no soy ahí un cualquiera, sino todo un profesor de primera educacion y sacristan, y mayordomo de las ánimas benditas. — *D. Serapio*. — Alto, Señores, vuelvo á decir: alto el fuego, y no andemos en camorras como si estuviéramos en *Meilla*. — Señor *Macareno*, V. tiene la palabra; diga V. las condiciones con que se ha de esposar la chica y capitulemos, y en paz que se hace tarde. — *Macareno*. — Pues, Señor; mi consuegro y yo ya estamos convenidos en lo que hemos de dar á los muchachos: ahora que ellos allá se arreglen como pueden... yo ni entro ni salgo, porque, como dijo el otro, cada uno su alma en su palma, y agur; pero si he de ir lo que siento... esto no es mas que ir, porque la chica hará lo que quiera; pero tengo oído, y no quisiera mentir, que ella... ¿no es verdad?... éa, dile tú... vamos, pues yo lo diré para quitalla el empacho: pues señor... no porque *Maricuela* me lo haya dicho á mí; pero segun me ha confesado cierta persona, parece que no quiere casarse menos de 25 duros. — El *Né*. — Pues amigo, se quedará sin casar con mi hijo, porque él no puede dallas tanto: lo que habíamos pensado ofrecella, son doscientos reales por ahora, y otros doscientos por Sta. Maria de agosto: que me parece que es bastante para los tiempos que corren. — *D. Serapio*. — ¿Qué dices tú á eso *Maricuela*? ¿te contentas con los 20 pesos que te ofrece tu señor? — *Maricuela*. — Yo digo lo mismo que mi padre; que menos de los 25 duros... — *Benita*. — Vaya vaya, es de monester que te pongas en la razon, que el tío *Né* no vá tan desencaminado; los dineros, hija, están por las nubes de Dios, y es preciso no echar mucha soberbia. — *Bolicas*. — Si, para soberbias estamos: no hace cuatro dias que vendí yo un novillo que valia 800 rs. como un mavedi, y tuve que darlo en 450, y convidar otosidia al sacador á un cuartillo de vino. — *Macareno* encogiéndose de hombros. — Yo güelvo á ir que ni entro ni salgo, y que la chica puede hacer lo que le paezca. — *Maricuela*. — Si el *Romo* no puede darme los doscientos rs. al contado, yo le esperaré hasta la Virgen de agosto; pero de presente ha de ponerme en la mano 15 duros, y sino que busque novia por otro lao. — El *Romo*. — Padre, me parece que no debemos recatear ya que se acomoda á esperarlos. — El *Né* con indignacion. — ¡Calla bárbaro! ¿y de dónde quieres sacar los cinco duros que nos faltan? ¿qué, piensas tú que cien riales se encuentran por ahí, en un costal de harina como quien dice? — *Romo*. — Pues se vende el marraño que tenemos en el molino, que bien pesará seis arrobas, y luego... — El *Né*. — Y luego comeremos sin unto las sopas todo el año, no te parece? — *Poltcarpa*. — Echarme aquí una mano para apartar el arroz: las liebres han de estar duras, pero así trabajarán los dientes. — *Benita*. — Vaya, mujer, resuélvete de una vez, y haz alguna rebaja, que otras se casan por menos. — *Maricuela*. — Y á otras mocosas, que aunque me esté mal el decirlo, no me llegan al zapato, las dan 30 duros y 32 y 40, como sucedió á la *Juana Cantaralejo*; y yo no quiero ser menos que naide; y por arrematar; no bajo de los 25 duros el valor de una uña. — El *Né*. — Ni yo subo de los 400 riales lo que vale un piñon. — *D. Serapio*. — Señores, que se enfría el arroz, y el asunto no se arregla. Dejemos la capitulacion para despues de la cena, y con la calor del vinillo y el refuerzo del estómagu, puede que el tío *Né* se resuelva á quedarse sin cerdo, y á cerrar el ajuste.

Todos aprobaron la idea del veterano alférez; todos acudieron á su llamamiento, pronunciándose en favor del proyecto sin someterlo á discusion; y de pronto vióse aquella masa de ciudadanos hambrientos removerse, empujarse, circumbalar á la caldera, y sepultando en ella indistintamente dedos, nabajas, cuencos de pan, y cucharas de pino, devorar los encallecidos miembros de las víctimas incrustados en pellas de arroz. Las tazas de vino se derramaban en las bocas, se revertian en las camisas, y esparcian por el suelo: los dichos picantes, las carrajadas sonoras y los gestos de un báquico regocijo se sucedían sin interrupcion. La caldera del guisote fué relevada por un celemin de aceitunas, y el negro pan de centeno por unas tortas aún mas negras amasadas con miel: colocóse sobre un banco un cenacho de cañamones tostados y un jarro de aguardiente: se trageron dos ollas grandes de agua para apagar la sel de los hebedores, y atizóse el fuego á fin de que hubiese lumbré suficiente para encender todos los cigarros. — Mi amigo el *Né* no fué de los que sacaron peor escote; sin duda porque trataba de prepararse para el hambre que habia pronosticado aquella tarde el astrónomo *D. Serapio*; y cuando terminada la cena se volvió á tocar el punto del ajuste, se mostró mas accesible, y al fin terminó por reudirse á discrecion, y dar facultades á su hijo para que dispusiese del doméstico javalí.

No faltó quien atribuyese este rasgo de generosidad paternal á la influencia de un vaso de aguardiente, que el enamorado *Romo* depositó en sus manos, y fué saboreado con placer por el viejo molinero; ni tampoco se echó de menos un convidado transeunte que al regresar á Madrid al inmediato dia, dejase de colorar á la puerta del *Né*, en muestras de agradecimiento por su hospedage, un enorme cartel con este singular anuncio — *Aquí se vende un cerdo para comprar una mujer.*

C. DIAZ.

## AUTORES ESPAÑOLES juzgados por los alemanes.



ABIENDO tenido ocasion de ver la obra titulada *Conversations-Lexikon der Gegenwart* que se está publicanda en Leipsik, un impulso de curiosidad naturalísimo me llevó á registrar en el artículo *España* lo que sabian y pensaban los alemanes de la literatura española de la época presente. A pesar de ciertas inexactitudes en las noticias, viene allí una lista casi completa de todos nuestros escritores modernos, acompañada de los títulos de sus principales obras. Historiadores, articulistas, profesores de ciencias, gramáticos, novelistas, poetas, todos ocupan allí su renglon, y particularmente de las dos últimas clases apenas falta un solo nombre de cuantos se han dado á conocer desde 1820 hasta fines de 1840; antes hay autor allí, que por haber impreso sus obras fuera de España, era para nosotros generalmente ignorado. Aun en parte deben correr por cuenta nuestra alguna de las equivocaciones que ha padecido el redactor alemán, porque aquella reseña debia estar hecha cien veces ya en nuestros periódicos de literatura, para que los extranjeros no tuviesen mas trabajo que traducirla y esponer sus opiniones. Ellos al cabo saben los nombres y los títulos de las obras de nuestros autores como las de todo el mundo, los aficionados á nuestra lengua, que son muchos en Alemania, pueden con esto proporcionarse nues-

tros libros, y juzgar de su mérito; al paso que nosotros solo tenemos en general una mediana noticia de la literatura francesa; de las demas nada sabemos. La academia alemana-española, establecida hace poco en Madrid, ha tomado á su cargo llenar este vacío con respecto á la literatura del país, patria de Klopstock y de Schiller, pero el escaso número de sus individuos no le ha permitido aun hacer trabajos de grande importancia. Entre tanto que se publican artículos de mas estension acerca de los escritores alemanes, me ha parecido curioso presentar traducidos por via de muestra los dos que siguen: mejor hubiera sido tal vez traducir íntegro el artículo acerca de nuestra literatura y artes; pero es demasiado largo para ir en el periódico á que destino este; tal vez aparezca en otro de mayores dimensiones mas adelante. La traduccion de estos dos trazos es puramente literal, y por consiguiente no me toca responder de sus ideas, algunas de las cuales no son las mias. Quien pase á cotejarlos con los dos artículos que trajo *El Artista*, verá que aunque el redactor alemán ha tomado las noticias biográficas del español, ha juzgado de diverso modo á los dos autores.

Conversations — Lethon det Egegnuwart, tom. 1.º, página 601.

"BRETON DE LOS HERREROS (D. MANUEL), poeta quizá el mas popular y el predilecto hoy dia en España, nació por diciembre de 1800, en Quel, provincia de Logroño. Hizo en Madrid los primeros estudios, y desde el año 1814 al 22, sirvió de voluntario distinguido en el ejército. Fue despues empleado en el ramo de hacienda, nombrándosele secretario de la intendencia de Játiva, y en seguida para igual destino en la de Valencia; y defendió siempre en la tribuna y con las armas en la mano la causa de la libertad. Hubo por consecuencia de retirarse á su casa, verificada que fue la restauracion de la soberanía absoluta, y pasó así once años ocupado únicamente en estudios y tareas literarias, particularmente del género dramático, hasta que en el año 1834 volvió á ser colocado, aunque sin pretenderlo, en las oficinas del gobierno civil de la provincia de Madrid.

De 17 años de edad ya escribió la comedia en tres actos *A la vejez viruelas*, la cual representada en 1824, á pesar de que manifestaba el escaso conocimiento que de la escena tenia aun el joven autor, fue recibida con tan distinguido aplauso, que desde entonces se consagró con doble celo á la carrera en que le ponía un ocio tan prolijo como involuntario. Lo aprovechó tan bien en efecto, que hasta hoy ha dado á la escena sobre 120 obras dramáticas, parte originales, parte refundiciones de comedias antiguas nacionales, parte traducidas del italiano y del francés, las mas de las cuales desde en los teatros de la corte hasta los de las aldeas, han sido representadas con tan general aceptación, que Breton es hoy sin disputa el favorito del público. Sus mejores composiciones originales, casi todas en verso, son las comedias siguientes: *Los dos sobrinos*; *El Ingenuo*; *A Madrid me vuelvo*; *La falsa ilustracion*; *Marceta ó ¿á cuál de los tres?*; *Un tercero en discordia*; *Un novio para la niña, ó la casa de huéspedes*; *El hombre gordo*; *Todo es farsa en este mundo*; *Achaques á los vicios*; *La redaccion de un periódico*, y *El poeta y la beneficiada*; el drama *Elena*, y la tragedia *Mélope*. Ha dado á luz ademas un tomito de poesías sueltas (Mad. 1831), las sátiras *contra el furor filarmónico, ó mas bien contra los que desprecian el teatro español* (Mad. 1828); *contra los hombres en defensa de las mujeres* (Mad. 1829); *el carnaval* (Mad. 1823); *contra la manía contagiosa de escribir para el público* (Mad. 1833); *la hipocresía* (Madrid 1834); *contra los abusos y despropósitos introducidos en*

*el arte de la declamacion teatral* (Mad. 1834); y *recuerdo de un baile de máscaras*, cuento en verso (Mad. 1834); sin contar un considerable número de artículos de literatura y costumbres, letrillas y composiciones cortas para periódicos, piezas de circunstancias &c.

Ya se deja ver por la lista precedente la rara fecundidad de este poeta, y se puede inferir de ella la facilidad con que compone. Y en efecto es así: todas sus obras se distinguen por una dición particular, agradable, graciosa y enérgica sin embargo al mismo tiempo, así como por una versificación tan armoniosa, y sobre todo tan fluida y suelta hasta en las combinaciones difíciles, que se podría creer que no le cuestan mas trabajo que la prosa. Si esta facilidad artística dá testimonio de que Breton ha nacido poeta, le califican de tal mas aun todavía la fuerza cómica de las situaciones, los escelentes caracteres, que tal cual vez rayan en la caricatura, y el vivo, animado é ingenioso diálogo de sus comedias; la fina ironía tan genial en los españoles, y pura sal andaluz de sus poemas satíricos, que descubren ciertamente mas bien la especie cortesana de censura usada por Horacio, que la punzante, atrevida y amarga indignacion de Juvenal, y hasta en sus letrillas, con ser mucho mas comedidas que las de Quevedo y Góngora, aquella gracia traviesa inimitable, aquella malicia bien intencionada, que hacen que sean estos chistosísimos juguetes uno de los géneros de mas atractivo y mas populares de la poesia española. En una palabra, el gracejo y la sátira son el elemento propio de este ingenioso poeta, en el cual trabaja facil y originalmente obras que llevan el carácter nacional, mientras en el género trágico y sentimental no suele salir de la esfera ordinaria, ni acertar entonces á librarse totalmente del influjo de la escuela francesa-española. Pero en todo caso, con respecto á la comedia se ha aventajado con mucho á su moderno predecesor mas distinguido, Leandro Fernández de Moratin, tan célebre aun fuera de España; pues aunque se señalan las comedias de Breton mas por el buen desempeño y brillantes de los pormenores, que por la originalidad de la invectiva y la riqueza de la composicion, nunca son sin embargo tan lánguidas, estudiadas y descoloridas como las de Moratin, y casi todas divierten desde la primera hasta la última escena, por lo cual le cabe la gloria de haber hecho dar á la comedia nacional un paso mas hácia su esplendor antiguo. Insértase una muestra escogida de sus comedias en el *Tesoro del teatro español*, publicado por su amigo D. Eugenio de Ochoa (París, 1833); y la *Florista de rimas modernas castellanas* de Fr. J. Wolf contiene algunas de sus composiciones líricas y satíricas."

NOTA. Este artículo está impreso en 1838: las obras del Sr. Breton omitidas en él, ó escritas despues son las siguientes: *El amigo mártir*; *Me voy de Madrid*; *Muérte y verás*; *Floquezas ministeriales*; *El qué dirán? y el qué se me dá á mí?* *Un dia de campo, ó el tutor y el amante*; *No ganamos para sustos*; *Una vieja*; *El pelo de la deheva*; *Pruebas de amor conyugal*; *El cuarto de hora*; *Dios los cria y ellos se juntan*; *¿Qué hombre tan amable!*

Dramas. *Don Fernando el emplazado*; *Vellúo Dolfos*; *Mélope*, tragedia.

Comedias en un acto. *Una de tantas*; *El pro y el contra*; *Ella es él*; *Medidas extraordinarias, ó los parlantes de mi mujer*; *El hombre pacífico*; *El novio y el concierto*; *Zarzuela*; *Lances de carnaval*; *Mi secretario y yo*.

(Conversations — Lethon det Egegnuwart, tomo IV, página 457).

"QUINTANA (D. MANUEL JOSÉ), uno de los poetas de mas edad y mas nombradía que hoy viven en España, nació en Madrid á 11 de abril de 1772. Despues de haber recibido

en la capital la primera instrucción, estudió en Córdoba y en Salamanca, en cuya universidad se graduó de doctor en ambos derechos, recibiendo en seguida en el colegio de abogados de la corte, en la que fué investido sucesivamente de los cargos de agente fiscal de la junta de comercio, y censor de teatros; y en la época de las primeras cortes fue nombrado secretario general de la junta central, secretario del rey con ejercicio de decretos, secretario de la interpretación de lenguas, vocal de la suprema junta de censura, y de la comisión para la reforma del plan de estudios. Tomó sobre todo parte activa en la guerra de la Independencia, siendo el órgano oficial del gobierno insurgente, para el cual escribió casi todas las proclamas y manifiestos que daba, mientras que con sus cantos patrióticos (Odas á España libre, 1808) excitaba el entusiasmo en favor y defensa de la independencia nacional. Ya entonces se había distinguido igualmente como poeta y literato. El tuvo parte en la dirección y redacción del periódico titulado *Varietades de ciencias, literatura y artes*, y estableció con algunos amigos de iguales ideas el *Semanario Patriótico*, papel cuyo principal objeto era hacer frente á la dominación napoleónica. Después de la restauración de 1814, fué encarcelado, puesto en libertad al fin, al estallar la revolución del año 1820, vuelto á colocar en sus primeros destinos de secretario de la interpretación de lenguas y vocal de la suprema junta de censura, y en 1821 nombrado presidente de la dirección general de estudios nuevamente creada. Cuando en el año 1823 fué la Constitución por segunda vez abolida, volvió asimismo á perder Quintana todos sus cargos y todo influjo en los negocios públicos; retiróse por tanto á Cabeza de Buey, en Estremadura, donde tenía casa su familia paterna, y allí vivió escondido hasta que en setiembre de 1828 obtuvo licencia para regresar á Madrid. Al año siguiente ya se le confirió la plaza de vocal en la junta del museo de ciencias naturales, fué repuesto el año 1833 en la secretaría de interpretación de lenguas, y después nombrado prócer del reino y ministro del consejo real; elegido senador al establecimiento de la cámara alta, ha sido secretario varias veces en este cuerpo.

Quintana es uno de los pocos escritores de la España actual que se han adquirido renombre europeo; sus obras de poesía, de crítica y de historia no solo gozan en su país del mas alto concepto, sino que tambien son apreciadas en los extranjeros, y estan reimprimadas y traducidas en diferentes idiomas. Ya en el año 1795 se presentó como poeta lírico llamando la atención general principalmente con su *Oda al mar*, que tan célebre se ha hecho. En 1802 salió á luz por primera vez en la imprenta la colección de sus poesías líricas, que desde entonces se ha repetido dentro y fuera de España. La edición mejor y mas completa es la que lleva el título de *Poesías, incluidas las patrióticas y las tragedias del duque de Fisco y el Pelayo* (dos tomos, Madrid 1821). Las composiciones líricas solas fueron reimprimadas en Barceos el año 1825, y últimamente en Paris el año 1837: la *Floresta de rimas castellanas* de Wolf comprende algunas de ellas escogidas. A los líricos del país, sus predecesores, levantó Quintana un monumento con la colección que formó y acompañó de introducciones históricas é ilustraciones críticas, tituladas *Poesías selectas castellanas desde Juan de Mena hasta nuestros días* (tres tomos, Madrid 1808; reimprimada en cuatro tomos, Perpiñan 1817; considerablemente aumentada en cuatro tomos, Madrid 1830), la que continuó con una colección de trozos épicos, (dos tomos, Madrid 1833). Como historiador se ha grangeado un nombre Quintana con la obra: *Vidas de españoles célebres* (tomo 1.º, Madrid 1807, reimprimada en Paris en dos tomos, 1827; tomos 1.º y 2.º, Madrid 1830 y 33) que estan escritos en un estilo sencillamente noble. Las poesías de Quintana

descuellan por la elección del asunto, grave de ordinario é importantísimo para la humanidad ó la patria, y se distinguen por la tendencia filosófica, sentimientos patrióticos y varonil lenguaje; y aun cuando como casi todas las poesías de los autores españoles modernos, no puedan eximirse completamente del cargo que se les hace de falta de originalidad, profundidad y fuerza de colorido, esceden á las mas en la novedad de la idea, intensidad del sentimiento y viveza de la expresión. Lástima es que haya desdeñado en gran parte el atractivo de la rima, ó la asonancia, y las formas nacionales de la poesía española, y se haya servido tanto de estancias libres ó medidas, bien que generalmente la construcción de sus versos no carece de facilidad y ritmo. A pesar de esto, es uno de los poetas mas favorecidos y populares entre los españoles, que le han comparado á Herrera, y dado el título de "*cantor filosófico*."

J. E. HARTZENBUSCH.

## RECUERDOS DE VIAJE (1).

### VIII.

#### PARIS.



EBEMOS suponer que el extranjero, al visitar la capital de Francia, ha tenido un objeto, ya de conocer y apreciar sus monumentos artísticos, ya su organización social y las costumbres de sus habitantes, ya de adquirir instrucción en los muchísimos establecimientos científicos que con ella le brindan, ya de participar de los placeres y diversiones que ofrece la ciudad mas alegre y animada de Europa. — No es esto decir que por desgracia dejen de hallarse algunos, (y no en corto número) que sin tomar en cuenta ninguna de estas consideraciones; sin conocer ni apreciar de antemano su propio país, y sin consultarse á sí mismos sobre su respectiva vocación ó inclinaciones, montan en la silla de posta, atraviesan los caminos, y desembarcan en las orillas del Sena, preocupados con la única idea de que á su vuelta podrán asegurar que "han visto á Paris," atestiguándolo con el corte novísimo de su levita ó el color de su corbata. — Para estos espíritus frívolos, Paris es el taller de un sastre ó los bastidores de un teatro, así como Madrid es la calle de la Montera y el salon del Prado; para ellos nadie escribe, porque no saben, ó no quieren leer. — Prescindiendo, pues, de estos autómatas viajeros, y suponiendo en el recién llegado á Paris el justo deseo de conocer y examinar el interior de aquellos objetos á que le llaman su vocación ó sus inclinaciones, permitirásenos acompañarle con la imaginación en sus visitas investigadoras, tomando de aquí pretexto para apuntar, aunque ligeramente, algunos de los infinitos objetos que al filósofo, al crítico y al hombre de mundo ofrece la capital de los franceses.

Ante todas cosas, conviene advertir que un pueblo como Paris, visitado constantemente por cien mil y mas extranjeros de todos los países, clases y condiciones, es en cierto modo una ciudad que á todos pertenece; un centro común que á todos inspira franqueza. Por distantes que sean las regiones de donde proceda el forastero, por elevada su clase, por extraños sus usos é inclinaciones, está seguro de hallar en Paris otros de sus compatriotas, gentes de su gerarquía,

(1) Véanse los anteriores artículos en los nueve últimos números del Semanario.

usos y costumbres propios de su sociedad. Por otro lado, la influencia de la moda francesa, extendida por la victoria, y dominando con su prestigio hasta los pueblos mas remotos, ha estrechado de tal modo las distancias, ha facilitado las relaciones con aquel pueblo, que el viajero ya predispuesto anteriormente con el conocimiento de su idioma, de su literatura y de sus costumbres, no halla apenas dificultad para adherirse á ellas, y fijar sus ideas en el punto de vista parisiense.

Una bien entendida administracion, apreciando debidamente cuanto importa á un pueblo el facilitar su acceso, y brindar con su grata hospitalidad al forastero, ha puesto siempre el mayor cuidado en garantizar su seguridad, en proporcionar sus gozes, en facilitarle los medios de conocer y apreciar los tesoros que encierra en su seno; y dedicando considerables sumas á embellecer y aumentar estos, los ha sabido llevar á un punto tal, que cuando otros motivos no ofreciera París, sería suficiente razon para visitarle, el deseo, la necesidad de conocer los mas bellos monumentos de las artes, los mas ingeniosos procedimientos de las ciencias, el vital cultivo de las letras, la brillantez sin igual de los públicos espectáculos. — Los mezquinos economistas y los opositores políticos, que calculando nimiamente en su aritmética interesada, censuran y regatean toda suma destinada á la proteccion de las artes, á la construccion de un monumento público, de un templo, de una estatua, de un arco triunfal, á la publicacion de una obra científica, al sostenimiento de un espectáculo nacional, pueden si gustan calcular el enorme beneficio que aquellas sumas impuestas con tales objetos reportan á la capital francesa, con la inmensa afluencia de forasteros que lleva á su recinto el deseo de visitar sus maravillas.

Grande es la facilidad que encuentra el viajero para penetrar en el interior de aquellos interesantes objetos; y éste es otro de los medios que no podia descuidar la discreta administracion. Consiguiente á él, hástale solo al forastero que desea recorrer los museos, las academias, las bibliotecas, los monumentos públicos, presentar simplemente su pasaporte para que todas las puertas le sean abiertas, aun en aquellos dias en que no es permitida la entrada al público parisiense. Algunos establecimientos administrativos de instruccion ó de penalidad, algunas fábricas ó edificios en construccion, exigen para ser visitados un permiso especial de un ministro de la corona ó del director respectivo; pero para obtenerle solo hay necesidad de escribir una lacónica carta al ministro ó al director, pidiéndole el billete de entrada, que se remite al demandante al dia siguiente sin gasto ni humillacion de ninguna especie. — Los conserjes y otros dependientes, encargados de enseñar los establecimientos, reunen á los buenos modales el práctico conocimiento y una ingeniosa charla para describir á su modo los objetos, y hasta la moderacion en contentarse con una ligerísima propina, forma singular contraste con la exigencia y tiranía que en iguales casos reina en otros países, por ejemplo en Londres, donde recuerdo haber pagado diez *schelines*, (unos cincuenta reales) por visitar los distintos compartimentos de la Torre, y otros exorbitantes derechos en las iglesias de S. Pablo y de Westminster.

Los templos antiguos mas notables de París son la catedral (*Notre Dame*), S. German de los Prados, S. Estevan del Monte, y S. German del Auxerrois; y todos ellos por su época y por el orden de su arquitectura pertenecen al género mas ó menos propiamente apellidado *gótico*; sin embargo, y á pesar de su importancia respectiva, no parecen poder sostener la comparacion con otros infinitos monumentos religiosos que ostenta la Francia, y basta la catedral de Nuestra Señora me parece inferior á las magnificas de Reims, Amiens, Tours, Strasburgo &c; sin em-

bargo, por su respetable antigüedad (siglo XII), por su imponente grandezza y nobles proporciones es muy digna de particular encomio, y sería aun mas á la mano del hombre, (que venga en casada á la del tiempo) no hubiera, bajo el pretexto de renovaciones, hecho desaparecer gran parte de su carácter primitivo: así vemos que en la fachada principal, en aquella *sinfonia de piedra*, (como le place caracterizarla al entusiasta Victor Hugo) se echa de menos gran parte del caprichoso follage y adornos de estatuas tan propio de este género de construccion; y penetrando en el interior, observamos que el revoque profanador de las paredes y columnas, y la desnudez afectada de los altares, la priva á nuestros ojos de aquella fisonomía poética y sublime que tan profundas sensaciones nos han hecho experimentar en otros templos semejantes. — Recorridas las naves de la iglesia, el forastero no deja de subir á la plataforma de las torres, siquiera no fuese mas que por el placer de contemplar á París á la altura de *Quasimodo*, y de oír su propio nombre á la infinidad de otros mas ó menos ignorados que cubren las pizarras del andén.

Entre las iglesias modernas de aquella capital son las mas notables las de los Inválidos, el Panteon, (Sta. Genoveva), S. Sulpicio, y la Magdalena, que pueden justamente colocarse entre las mas bellas monumentos del arte; tambien hay otras modernas ó renovadas con mas ó menos suntuosidad que sirven de parroquias, como S. Roque, S. Eustaquio, la Asuncion, y Nuestra Señora de Loreto; pero aquellas formadas sobre los modelos griegos y romanos, tan análogos á sus creencias religiosas, y estas revestidas por su mayor parte de formas teatrales y balagüenas, inspiran, sin saber por que, mas interés que respeto, y pueden ser consideradas mas bien como páginas brillantes del arte, que como tributos de un pueblo creyente á la fé y religion de sus mayores. — Forma sobre todo la admiracion de los inteligentes la magnífica rotonda sobre que descansa la cúpula del templo de los Inválidos, construccion atrevida y elegante del arquitecto Mansard, que no cede en belleza á las justamente célebres de S. Pedro en Roma y S. Pablo de Londres. En el centro de esta rotonda ó ochavo es en donde ha de colocarse el monumento fúnebre para depositar los restos del emperador NAPOLEON, y los mas célebres arquitectos de la época se disputan el honor de combinar un pensamiento correspondiente á la grandezza y magestad del sitio, y á la alta nombradía del hombre ilustre á cuya memoria se dedica. — La iglesia de Sta. Genoveva, formada á imitacion de las Basílicas Romanas, es un monumento realmente admirable del pasado siglo, y destinado por la asamblea constituyente para lugar de sepultura á todas las grandes celebridades del país, es conocido bajo el nombre de *Panteon Nacional*, y por bajo del fronton que decora su entrada se lee esta inscripcion: *Aux grands hommes la patrie reconnaissante*. — Soberbio es el aspecto exterior de este magnífico monumento; su grandioso peristilo, su elegante cúpula sostenida por una bella columnata circular, y el hermoso fronton con relieves alegóricos que decora la entrada, predisponen admirablemente el ánimo del espectador. Penetrando en el interior no puede menos de continuar en su admiracion, contemplando la altura y magestad de las bóvedas, la belleza de las pinturas al fresco en la nave principal; pero instantáneamente se apodera de su imaginacion la idea de un inmenso vacío producido por la falta del culto, por la ausencia de la divinidad, desterrada inoportunamente de aquel sitio para dar lugar al apoteosis de las miserables grandezas humanas. — Este remedo político de la religiosa é histórica abadía de Westminster, verdadero templo de gloria abierto á todas las celebridades de la Gran Bretaña, está bien lejos de inspirar en el ánimo del visitador aquel místico respeto, aquella sublime admiracion que

su modelo; y esto consiste en que el panteon francés no está santificado por la religion ni por la historia; antes bien que usurpó á aquella uno de sus templos, y quiso crear esta en virtud de un simple decreto. Lo mas singular es, que aun admitido este origen, ha sido tan desmentido en la práctica, que únicamente se ven en las bóvedas de Sta. Geneveva dos sepulcros de personas realmente notables, y son los de *Francisco Arouet de Voltaire* y de *Juan Jacobo Rousseau*. Los demas están dedicados á personas de escasa nombradía; tal oficial, v. g. que murió en un asalto, tal magistrado que trabajó en un código, ó cual cortesano que llegó al sillón ministerial; y mientras tanto yacen en diversos sitios los filósofos Pascal, Descartes y Montaigne; los inmortales autores del Telemaco y de El Espíritu de las leyes; los grandes poetas Moliere, Racine y Corneille, los sagrados oradores Bossuet, Flechier y Massillon; los ilustres generales Turenne, Condé y Vandomieu; los ministros Sully, Richelieu y Colbert; los tribunales Manuel, Foy y Constant; los artistas Perrault, David y Talmá, y tantos otros hombres verdaderamente grandes como la Francia ha producido, y que el viajero espera justamente encontrar en el interior del Panteon.

El templo de la Magdalena, empezado á construir durante el imperio de Napoleon con el objeto, un poco vago, de *Templo de la Gloria*, y concluido últimamente, lleva en su configuracion verdaderamente griega el sello propio de la divinidad profana á que fue dedicado, y cuando andando los tiempos, variados los gobiernos y concluido el monumento, se ha querido cambiar su destino, poniéndole bajo la invocacion de Magdalena *la penitente*, no se ha hecho mas que cometer un gran absurdo, que contrasta realmente con la notoria ilustracion de la nacion francesa. Hay motivos para pensar que Napoleon al levantar aquel indefinido monumento, quiso labrarse un sepulcro digno de su grandeza, como los Faraones de Egipto en las piramides, ó el emperador Adriano en el castillo de Roma.

Las demas iglesias arriba mencionadas tienen tambien su respectivo mérito en cuanto á la forma, y son mas características como parroquias de estendida feligresía, y en las cuales el culto divino parece ser su objeto principal. A ellas acude una numerosa concurrencia, en especial los domingos; se celebran con solemnidad los misterios religiosos, y se pronuncian excelentes discursos por los celosos pastores á quien está cometida la instruccion y el alivio espiritual del pueblo. No es tampoco extraño el ver en ellas á las primeras damas de la opulenta capital hacer personalmente la demanda de limosnas para los pobres del distrito, ó escuchar á los primeros artistas de París oír sus voces y magníficas orquestas á los ecos del órgano religioso. Ignoro si la moda, la vanidad ó hasta las oposiciones políticas influirán en estas demostraciones mas aun que la verdadera y sólida piedad; pero no he podido menos de reconocerlas y compararlas con el estado de frialdad é indiferencia que observé en este punto del culto, cuando hace siete años visité por primera vez á aquel pais. Entonces hallé desiertas casi del todo las iglesias de la capital y perdida la voz de sus oradores en el silencio de sus bóvedas; ahora con dificultad he podido penetrar en S. Roque durante la misa del domingo, y he escuchado al reverendo P. Lacordaire vestido con el hábito de *S. Domingo*, predicar en la iglesia de Nuestra Señora delante de una sociedad numerosa y escogida.

Ademas de los templos católicos, que vienen á ser, me parece, unos cuarenta, hay en aquella capital otras muchas iglesias de las diversas sectas religiosas, como la iglesia católica-francesa, las de los protestantes calvinistas y los luteranos, la iglesia griega, y las sinagogas de los israelitas. Son en general poco notables, á escepcion de las últi-

mas, en especial la que está situada en la calle de Nuestra Señora de Nazaret, donde se celebran los oficios de aquel rito con mucha solemnidad todos los viernes despues de puesto el sol.

Entre los muchos edificios públicos que la exageracion francesa califica de palacios, merecen ciertamente esta denominacion los siguientes: Tullerías. — Real. — Louvre. — Luxemburgo. — Borbon. — Elisée Borbon. — D' Orsay. — Instituto. — Legion de honor. — Justicia. — Bolsa. — Y Hotel de Ville.

Sin duda que nuestros lectores no esperan encontrar aquí una descripcion artística de estos celebres monumentos, pudiendo acudir el que la desee á los innumerables libros especiales en que está consignada. Reconozcamos aqui nuestra incompetencia en la materia, evitemos á nuestros lectores el cansancio de la repeticion, y huyamos tambien del extremo de los viajeros franceses, que á propósito de *impresiones de viaje* nos imprimen toda la historia de los pueblos que visitan, á contar desde los tiempos fabulosos, y todas las relaciones mas ó menos eríticas que encuentran al paso.

Por otro lado, seria imposible que en algunos casos intentase yo entrar en esplicacion de detalles materiales, supuesto que con mi buena fé castellana empiezo por decir, que el palacio de las Tullerías, por ejemplo, solo le he visto por su parte exterior; pues colocado por mi calidad de extranjero y por mi insignificancia política fuera del círculo de tan elevada esfera, no siendo representante en aquella capital de otros intereses que los de mi natural curiosidad, y oscurecida, en fin, entre la turba de viandantes que de todos los puntos del globo acuden diariamente á la capital de los franceses, no es nada de extrañar (ni por eso me doy por sentido) que el poderoso monarca que ocupa su trono, (actual inquilino de aquel palacio), no se haya acordado de mi humilde persona para invitarme á sus festines y *soirées*. Razon por la cual, y sin dárseme tampoco el menor cuidado, me limité en varias ocasiones á asestar mi antejo escrutador al vetusto alcázar de la monarquía francesa, que (perdóneme su ausencia) no conserva de bello mas que su misma respetable antigüedad.

El Palacio real de Orleans, propiedad de S. M. Luis Felipe, y su morada antes de subir al trono de Francia, fue construido por el célebre cardenal de Richelieu, y legado por él en su testamento al rey Luis XIV que posteriormente le cedió á su hermano el duque de Orleans. En mi primer viaje á París en 1833 visité el interior de este palacio, y la galería de cuadros propia de su augusto dueño que le adornaba, dos de los cuales llamaban singularmente la atencion por el contraste político que ofrecian; representando el uno al mismo Luis Felipe emigrado y proscrito, regentando una escuela de geografía en una ciudad de Saiza, y el otro al rey de los franceses jurando la carta constitucional en manos de los representantes del pais. Estos cuadros y otros de dicha galería han pasado despues al Museo histórico de Versailles, é ignoro si habrá sucedido lo mismo con el resto de la galería.

Pero lo mas notable de este palacio es todo lo que no puede llamarse propiamente tal, esto es, los bellos edificios, los pórticos y galerías que rodean su inmenso jardin, y la animacion que le prestan sus numerosas tiendas, fondas, cafés y espectáculos. — Léase en las memorias de madama Genlis que en 1778 se hallaba el duque de Orleans tan fuertemente empeñado en deudas enormes, que el hermano de aquella señora (aya que era del actual rey de los franceses, y autor de *Las veladas de la quinta* y de *Adela y Teodoro*) le propuso la construccion de una serie de casas al rededor del jardin de su palacio, con el objeto de beneficiar su producto; y adoptado el pensamiento, y construi-

das las habitaciones sobre una galería de doscientos arcos, entregadas aquellas á la industria y comercio, resultó el mas magnífico bazar, así como también la finca urbana mas productiva del mundo entero. — Mas de trescientas tiendas simétricas y de un lujo prodigioso; multitud de cafés y fondas los mas elegantes de la capital, tres ó cuatro teatros, gabinetes de lectura, sociedades artísticas y literarias, un magnífico jardín de setecientos pies de largo por trescientos de ancho, animado el todo con una iluminación verdaderamente prodigiosa con innumerables mecheros de gas, una afluencia inmensa y continua de gentes de todos los puntos del globo que vienen á reunirse en este célebre recinto, justamente llamado *la capital de París*: todos los objetos en fin de distracción, de gusto ó de capricho, reunidos en aquel punto central, le colocan á la altura de su reputación, y obligan al extranjero á permanecer largas horas al día sin poderse arrancar de tan encantadora mansión.

El palacio inmediato del *Louvre*, como monumento de arte, es sin disputa el mas magnífico, bello y propio de aquel nombre que encierra la capital de Francia, justificando la alta reputación que goza en aquel país su arquitecto Perrault, por cuyos planes se levantó de orden de Luis XIV sobre las ruinas del viejo palacio de Felipe Augusto. — En este hermoso é inmenso edificio se halla colocado: 1.º el Museo de estatuas, bustos, bajos relieves, altares, vasos y candelabros &c.; 2.º el Museo de cuadros de las escuelas francesa, italiana, holandesa y Flamenca: 3.º el Museo egipcio, magnífica colección de objetos propios de aquel interesante pueblo de la antigüedad: 4.º el Museo de la marina, con todos los modelos de construcciones navales, instrumentos científicos y náuticos, planos de ciudades, puentes y máquinas; y 5.º el Museo de cuadros españoles, formado en estos últimos años con unos cuatrocientos de Murillo, Zurbarán, Cano, Coello &c. Hay además otro departamento de dibujos, y otro de esculturas del renacimiento. — La descripción ó mera indicación de los objetos contenidos en cada uno de estos museos ocupa volúmenes enteros, pudiendo asegurarse que, después del Vaticano, no hay acaso otro edificio en el mundo donde puedan admirarse tantas riquezas artísticas. En él además se celebran las exposiciones anuales de bellas artes, y en la última que empezó en 15 de marzo de este año, y que he visitado, fueron *dos mil doscientos ochenta* las obras nuevas expuestas (según el catálogo que paseó), y entre ellas habo algunas de nuestros jóvenes compatriotas los señores Rivera y Villamil.

El Luxemburgo es otro palacio, construcción también del siglo XVII, mandada ejecutar por María de Médicis, que sirve en el día en parte para las sesiones de la Cámara de los Pares y otra parte para Museo nacional de los artistas contemporáneos, donde puede observarse hasta que punto se cultivan en el día en aquel país las bellas artes.

El palacio Bourbon es el sitio de las sesiones de la cámara de los diputados, y su bello salon semi-circular está dispuesto convenientemente para este objeto, aunque sin notable ostentación, y mas bien consultando la comodidad en las discusiones.

El *Instituto real de Francia*, ó reunion de las antiguas academias, ocupa el palacio que fue de Bellas artes, colocado del otro lado del río, frente por frente del Louvre. — El palacio de *Justicia*, antigua morada de los prefectos romanos, de los reyes de la primera raza, de los Condes de París y de sus Prebostes, renovado posteriormente en diversas épocas y con distintos gustos, es en el día el sitio central de toda la administración de justicia superior del reino, y particular de la capital; y en su parte baja se encuentran también las prisiones llamadas de la *Conserjería*. — Como objeto de estudio y de observación es muy digno

de frecuentes visitas este palacio para instruirse en los trámites de la administración judicial, para escuchar las brillantes defensas de los abogados, y las escenas teatrales que la *vis cómica* francesa halla medio de introducir en el santuario augusto de la justicia. — Unida á este palacio se halla la *Santa Capilla*, monumento gótico del mas esquisito primor y remota antigüedad, ha profanado por los revolucionarios del pasado siglo, ha permanecido cerrado y lleno de papeles de los archivos judiciales, hasta que por disposición del rey actual acaba de emprenderse su restauración.

El palacio del *Eliseo Bourbon*, célebre por la abdicación del emperador Napoleon en 1815, y por haber habitado en él el emperador Alejandro y el Lord Wellington, después de la invasión de los aliados en aquella capital, es una magnífica casa de placer muy digna de ser visitada; y el palacio de la *Legión de honor*, construcción igualmente del siglo pasado, merece justamente los elogios del artista. — Últimamente, el soberbio edificio construido hace pocos años en el dique *d'Orsay*, y que ocupa actualmente el consejo de Estado; y el antiguo *Hotel de ville*, aumentado considerablemente con las nuevas construcciones que acaban de añadirse con destino á la habitación del prefecto del Sena, son obras que revelan el buen gusto de la época y la prosperidad y grandeza de aquel país.

Muchos otros monumentos públicos ostenta á cada paso la capital de Francia destinados á embellecer su recinto, ó á consignar las bellas páginas de la historia nacional. — La estatua encuestre de Enrique IV en el puente Nuevo; la de Luis XIV en la plaza de las Victorias; los arcos triunfales de S. Dionisio y S. Martin elevados al mismo monarca, y otros varios testimonios de la pasada grandeza, no pueden, sin embargo, sostener la comparación con los muchos y grandes que la moderna civilización ha sabido elevar con arrogante bizarría. — Véase en apoyo de esta asercion la magnífica Columna de bronce dedicada á Napoleon en la plaza de Vandome; la otra semejante que acaba de inaugurarse sobre las ruinas de la Bastilla para perpetuar la memoria de las revoluciones de 789 y 830; el gigantesco Arco de triunfo de la Estrella, y el otro (mezquino en su comparación) del *Carroussel*; el Obelisco egipcio, traído de las orillas del Nilo y colocado con ingenioso mecanismo en la plaza de la Concordia; y la magnífica decoración de esta plaza, en fin, con sus hermosas fuentes, estatuas y candelabros; cosas todas que asombrarían á los mismos Luis XIV y Napoleon si hoy visitáran *su buena villa de París*.

Después de terminadas sus artísticas visitas á estos y otros monumentos de la capital, sin duda que el viajero no limitará á ello su curiosidad, sino que penetrando en el interior de sus establecimientos administrativos y económicos, científicos y literarios, tratará de conocer el por menor de tan admirable conjunto. De buena gana conduciría también al lector, en tan agradable tarea, principal objeto de mi viaje, y á que procuré dedicar largas horas y esquisita diligencia, pero ya está repetido hasta la saciedad, el invencible obstáculo de la falta de espacio que estos ligeros artículos prestan para tamaña empresa. Sin embargo, con el objeto al menos de cumplir mi propósito de hacer algunas indicaciones útiles al viajero, pasaré rápidamente la vista sobre los principales establecimientos, aun á riesgo de enojar á algunos de mis lectores con esta cansada relación, y obligado á interrumpirla aquí para darles un respiro.

EL CURIOSO PARLANTE.